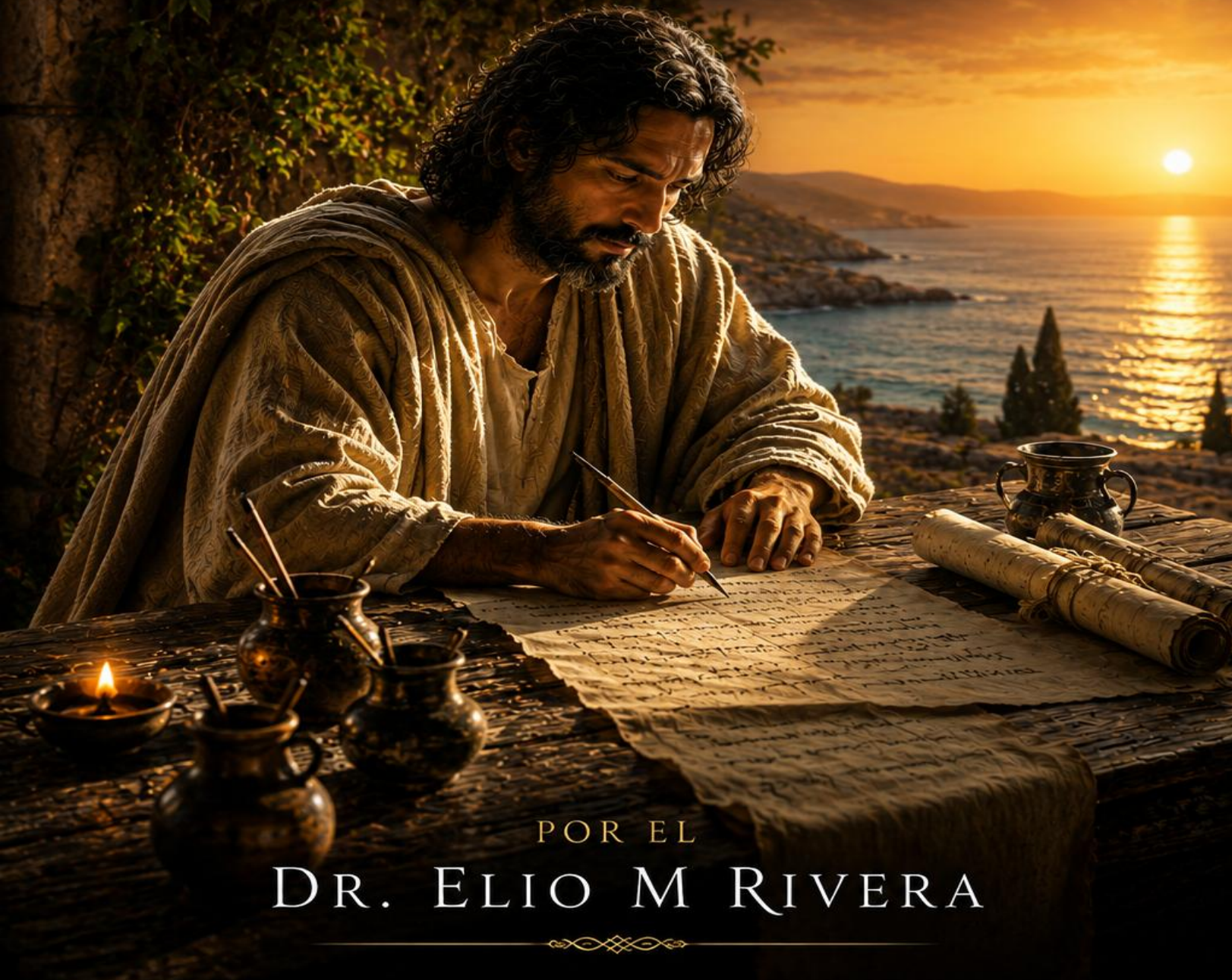


ENTREVISTA CON
LOS APÓSTOLES

PARTE IV

JUAN:

EL DISCÍPULO AMADO



POR EL
DR. ELIO M RIVERA

Antes de comenzar...

Toda búsqueda sincera de la verdad conduce, tarde o temprano, a un último testigo.

Después de escuchar diferentes voces, comparar relatos y examinar las evidencias, llega un momento en que debemos acercarnos a quien estuvo más cerca de los acontecimientos.

A aquel que no solamente escuchó historias...

Sino que estuvo allí.

En los libros anteriores de esta serie conocimos a Mateo, quien caminó con Jesús desde los primeros días de su ministerio; a Marcos, quien conservó los recuerdos del apóstol Pedro; y a Lucas, el investigador que reunió cuidadosamente el testimonio de quienes presenciaron la vida del Señor.

Ahora queda una última voz por escuchar:

Juan.

El discípulo que estuvo más cerca de Jesús.

El hombre que reclinó su cabeza sobre el pecho del Maestro durante la última cena.

El único de los Doce que permaneció junto a la cruz cuando muchos habían huido.

El primero en comprender que el sepulcro estaba vacío.

El último gran testigo de una generación que caminó junto al Salvador.

Cómo está escrito este libro

Esta obra utiliza un recurso literario:

imaginar una entrevista con el anciano apóstol Juan.

La conversación que encontrará en estas páginas no ocurrió literalmente.

Las preguntas son una recreación literaria.

Pero las respuestas han sido construidas cuidadosamente utilizando sus escritos, el testimonio del Nuevo Testamento y el contexto histórico del primer siglo.

El propósito no es crear una novela ni simplemente despertar la imaginación.

El objetivo es acercarnos, hasta donde la evidencia lo permite, a la voz de uno de los testigos más importantes de toda la historia y permitir que sea él quien nos conduzca nuevamente hacia Jesucristo.

El último testigo

Juan representa una perspectiva única.

Mateo nos mostró a Jesús como el Mesías prometido.

Marcos nos transmitió los recuerdos de Pedro.

Lucas investigó cuidadosamente los acontecimientos.

Pero Juan nos lleva a una dimensión diferente.

Nos invita a mirar no solamente lo que Jesús hizo...

Sino quién era realmente.

Porque Juan no comienza su Evangelio en Belén.

No comienza en el pesebre.

Comienza antes de la creación.

Con una declaración que cambiaría para siempre la manera de comprender a Jesucristo:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.”

Un hombre transformado por Jesús

Juan no comenzó siendo conocido como el discípulo amado.

Era simplemente un pescador del Mar de Galilea.

Hijo de Zebedeo.

Hermano de Jacobo.

Un hombre dedicado al trabajo diario de la pesca.

Pero un encuentro con Jesús cambió completamente el rumbo de su vida.

Dejó las redes.

Dejó su antigua seguridad.

Dejó su profesión.

Y decidió seguir al Maestro.

Años después comprendería que aquella decisión había sido la más importante de toda su existencia.

La pregunta que todos quieren responder

Después de caminar con Jesús durante años, Juan enfrentó la pregunta que continúa resonando hasta nuestros días:

¿Quién era realmente Jesús?

No solamente un maestro.

No solamente un profeta.

No solamente un hombre extraordinario.

Juan escribió acerca de alguien mucho mayor.

Alguien que existía antes de Abraham.

Antes de Moisés.

Antes de Adán.

Antes del tiempo mismo.

Para Juan, Jesús no comenzó a existir en Belén.

Belén fue el momento en que el Verbo eterno tomó naturaleza humana.

Pero Él siempre había existido.

Él es eterno.

Un testigo de la gloria de Cristo

Juan no escribió acerca de Jesús desde la distancia.

Lo vio.

Lo escuchó.

Caminó con Él.

Presenció sus milagros.

Vio su compasión.

Contempló su sufrimiento.

Y fue testigo de su resurrección.

Pero hubo algo que marcó profundamente su vida:

descubrir que aquel hombre que caminaba por Galilea era el mismo que había creado todas las cosas.

El eterno Hijo de Dios.

El gran “YO SOY”.

El propósito de Juan

Al final de su Evangelio, Juan explicó por qué escribió:

“Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.”

Juan 20:31

Ese fue el propósito de Juan.

Y ese continúa siendo el propósito de este libro.

Llevar al lector a encontrarse con Jesucristo.

No solamente como un personaje histórico.

Sino como aquel que Juan conoció, amó y proclamó durante toda su vida.

Una invitación al lector

Este libro es una invitación a escuchar la voz del último testigo.

A caminar nuevamente por las calles de Galilea.

A mirar los últimos días de Jesús desde los ojos de alguien que estuvo allí.

A descubrir por qué un joven pescador llegó a dedicar toda su vida a anunciar una verdad:

Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Bienvenido a la entrevista con Juan, el discípulo amado.

Entrevista con los apóstoles: Juan

Parte IV

El discípulo amado

Por el Dr. Elio M Rivera

Agradecimientos

Ningún libro se escribe completamente solo. Detrás de cada página hay tiempo, esfuerzo, paciencia y personas que, con su apoyo constante, hacen posible que este trabajo llegue a buen término.

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a mi amada esposa, **Darea**, quien ha caminado a mi lado con amor, comprensión y una paciencia extraordinaria. Gracias por sostenerme en los días de mayor trabajo, por animarme cuando el cansancio aparecía y por creer en el llamado que Dios ha puesto sobre mi vida. Tu respaldo ha sido un regalo del Señor y una parte invaluable de cada uno de estos proyectos.

También deseo agradecer a todos mis colaboradores y consiervos en el ministerio. Cada uno de ustedes, desde el lugar donde Dios los ha puesto, ha contribuido para que este ministerio continúe creciendo y alcanzando vidas. Mientras yo dedicaba largas horas a la investigación, la escritura y la revisión de este libro, ustedes continuaron sirviendo con fidelidad, responsabilidad y un corazón dispuesto. Su trabajo, muchas veces silencioso y poco visible, ha sido indispensable para que esta obra pudiera realizarse.

Mi gratitud se extiende también a todas las personas que oran por este ministerio, que lo apoyan y que comparten el deseo de que más personas conozcan al Señor Jesucristo con mayor profundidad. Oro para que Dios recompense abundantemente su amor, su fidelidad y su servicio.

Finalmente, doy toda la gloria, el honor y la alabanza a nuestro Dios. Si este libro logra fortalecer la fe de alguien, acercar un corazón a Cristo o despertar un mayor amor por Su Palabra, habrá cumplido el propósito para el cual fue escrito. A Él sea toda la gloria, por los siglos de los siglos.

Dr. Elio M. Rivera

Derechos reservados

Cd. Acuña Coahuila, Mexico, 2006 – Primera Edición

TXU001856435

Copyright by Electronic Copyright Office (ECO) System.

Impreso en Estados Unidos Mexicanos

Dr. Elio M Riverra: dreliorivera@hotmail.com

Contenido

Entrevista con los apóstoles	7
<i>Juan: El discípulo amado</i>	7
Por el Dr. Elio M Rivera	7
Agradecimientos	8
Introducción	11
Capítulo 1: El último testigo	14
Capítulo 2: ¿Quién era realmente Jesús?	¡Error! Marcador no definido.
Capítulo 3: Los últimos meses de su vida	¡Error! Marcador no definido.
Capítulo 4: La última noche con Jesús.....	¡Error! Marcador no definido.
Capítulo 5: ¿Qué sucedió después?	¡Error! Marcador no definido.
Capítulo 6: En la casa del sumo sacerdote.....	¡Error! Marcador no definido.
Capítulo 7: La flagelación	¡Error! Marcador no definido.
Capítulo 8: El camino al Gólgota.....	¡Error! Marcador no definido.
Capítulo 9: La crucifixión	¡Error! Marcador no definido.
Capítulo 10: El día siguiente	¡Error! Marcador no definido.
Capítulo 11: La resurrección	¡Error! Marcador no definido.
El entrevistador guardó silencio durante unos instantes.	¡Error! Marcador no definido.
Epílogo	¡Error! Marcador no definido.

Introducción

Toda búsqueda sincera de la verdad conduce, tarde o temprano, a un último testigo.

Después de escuchar diferentes voces, comparar cuidadosamente sus relatos y examinar las evidencias, llega el momento en que todo parece depender de una última declaración. No porque los demás hayan fallado, sino porque existe alguien cuya cercanía con los acontecimientos puede ofrecernos una perspectiva única.

Ese momento ha llegado.

En los libros anteriores de esta serie conversamos con Mateo, el recaudador de impuestos que dejó su profesión para seguir a Jesús; con Marcos, quien preservó fielmente los recuerdos del apóstol Pedro; y con Lucas, el médico e investigador que dedicó años a reunir el testimonio de quienes habían presenciado los acontecimientos más importantes de la vida del Señor.

Ahora solo queda una voz por escuchar.

Juan.

El discípulo que pasó más tiempo junto a Jesús. El joven que reclinó su cabeza sobre el pecho del Maestro durante la última cena. El único de los Doce que permaneció junto a la cruz cuando casi todos habían huido. El primero en comprender que el sepulcro estaba vacío. El hombre que vivió lo suficiente para contemplar el nacimiento y crecimiento de la Iglesia y escribir sus recuerdos cuando la mayoría de los demás testigos ya había partido.

Sin embargo, antes de abrir esta conversación, debemos responder una objeción que ha acompañado al cristianismo durante siglos.

Desde hace generaciones se ha repetido una afirmación que muchos aceptan sin detenerse a examinarla: que los relatos sobre Jesús son simplemente leyendas, tradiciones religiosas o historias piadosas que fueron creciendo con el paso del tiempo hasta convertirse en los evangelios que conocemos hoy. Para algunos, los

milagros pertenecen al mundo de la fantasía; la resurrección es únicamente un símbolo; y los apóstoles fueron hombres sinceros que, con el paso de los años, terminaron exagerando el recuerdo de su Maestro.

Pero ¿qué ocurriría si esa idea estuviera equivocada?

¿Qué pasaría si quienes caminaron con Jesús no estuvieran intentando fundar una nueva religión, sino simplemente contar lo que vieron con sus propios ojos? ¿Y si los acontecimientos fueron tan extraordinarios que ninguna explicación natural pudo borrar el recuerdo de quienes estuvieron allí?

A lo largo de esta serie hemos procurado escuchar a los testigos antes que a las opiniones. Hemos permitido que sean ellos quienes hablen, quienes expliquen lo que vieron y quienes respondan a las preguntas que, durante siglos, hombres y mujeres de todas las generaciones han seguido formulando.

Ahora llegamos al testigo que, quizá más que ningún otro, nos permite entrar en la intimidad de Jesús. Su relato no contradice a los anteriores; los complementa. Juan no intenta repetir lo que Mateo, Marcos y Lucas ya escribieron. Él abre la puerta a conversaciones privadas, revela el significado más profundo de muchos milagros y conduce al lector a una sola pregunta: **¿Quién era realmente Jesús de Nazaret?**

En este libro hemos imaginado una entrevista con el anciano apóstol, procurando permanecer fieles al contexto histórico, a las Escrituras y al testimonio que él mismo nos dejó. Las preguntas son una recreación literaria; las respuestas han sido construidas cuidadosamente a partir de sus escritos, del resto del Nuevo Testamento y del conocimiento histórico que poseemos sobre el siglo primero.

Nuestro propósito no es escribir una novela ni alimentar la imaginación. Es acercarnos, hasta donde la evidencia lo permite, a la voz de uno de los testigos más importantes de toda la historia y permitir que sea él quien nos conduzca, una vez más, hasta la persona de Jesucristo.

Quizá, al terminar estas páginas, descubra que la fe cristiana no descansa sobre mitos ni fantasías, sino sobre el testimonio de hombres y mujeres que estuvieron allí

y estuvieron dispuestos a sufrir, e incluso a morir, antes que negar lo que habían visto.

Después de muchos años de ministerio, cuando Juan ya era un anciano y probablemente el último apóstol con vida, resumió el propósito de todo lo que escribió con estas extraordinarias palabras:

«Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.» (Juan 20:31).

Ese fue el propósito de Juan hace casi dos mil años. Y ese sigue siendo el propósito de este libro.

Capítulo 1: El último testigo

—Bienvenidos una vez más.

Han pasado algunos días desde nuestra conversación con Lucas, y debo confesarles que jamás imaginamos la respuesta que recibiríamos. Miles de personas nos escribieron desde distintos lugares del mundo. Algunos compartieron sus reflexiones; otros nos enviaron nuevas preguntas. Pero, entre todos los mensajes, hubo uno que se repitió una y otra vez.

"¿Y Juan?"

Tenían razón.

Desde que comenzamos esta serie sabíamos que este momento sería especial.

Hemos escuchado a Mateo, quien caminó con Jesús desde los primeros días de su ministerio. Escuchamos a Marcos, quien preservó con extraordinario cuidado los recuerdos del apóstol Pedro. Después conversamos con Lucas, el investigador que dedicó años a reunir el testimonio de quienes estuvieron presentes en los acontecimientos más importantes de la vida de Cristo.

Pero todavía quedaba una voz.

Quizá la más esperada de todas.

La del hombre que estuvo más cerca de Jesús. El discípulo que permaneció junto a la cruz cuando casi todos habían huido. El primero en llegar al sepulcro la mañana de la resurrección. El hombre que sobrevivió a todos los demás apóstoles.

El último testigo.

—Esta noche tenemos el privilegio de conversar con él.

—Juan... bienvenido.

Las cámaras enfocaron la entrada principal del estudio.

Las luces descendieron lentamente hasta dejar iluminado únicamente el acceso.

Un anciano de cabello completamente blanco apareció caminando con serenidad hacia el escenario.

El auditorio entero se puso de pie.

Un prolongado aplauso llenó el estudio.

Nadie había dado la indicación.

Frente a nosotros estaba el último hombre que había caminado junto a Jesús de Nazaret.

El último testigo.

Cuando los aplausos comenzaron a disminuir, Juan ocupó su lugar frente a nosotros.

—Juan, bienvenido. Es un verdadero privilegio tenerlo aquí.

—Muchas gracias. El privilegio es mío.

—Juan, antes de comenzar nuestra conversación, quiero agradecerle que haya aceptado esta entrevista. Sé que, antes de entrar al estudio, nuestro equipo tuvo la oportunidad de explicarle quiénes somos, por qué estamos aquí y el propósito de esta

serie. También le comentaron que, antes de usted, conversamos con Mateo, con Marcos y con Lucas. Ahora ha llegado el momento de escuchar al último de los testigos.

Juan asintió con una sonrisa.

—Así es. Me explicaron que muchas personas de su tiempo desean conocer mejor al Señor Jesús y comprender cómo ocurrieron realmente aquellos acontecimientos. Si mis recuerdos pueden serles de utilidad, con gusto compartiré todo lo que aún conservo en mi memoria.

—Se lo agradecemos profundamente. Sin embargo, antes de hablar de Jesús, quisiera que habláramos un poco de usted. Después de todo, durante siglos millones de personas han leído sus escritos, pero muy pocas se han detenido a conocer al hombre que está detrás de ellos.

Juan sonrió con humildad.

—Supongo que eso es bueno. Siempre procuré que las personas miraran a Cristo, no a mí.

—Aun así, creo que vale la pena comenzar por lo más sencillo.

¿Quién es Juan?

El anciano guardó silencio unos instantes antes de responder.

—Hace muchos años habría contestado esa pregunta de otra manera. Habría dicho que era hijo de Zebedeo, hermano de Jacobo y pescador del Mar de Galilea. Así me conocían quienes crecieron conmigo.

Hizo una breve pausa.

—Pero desde que conocí al Maestro comprendí que ninguna de esas cosas definía realmente mi vida. Él transformó todo cuanto yo era. Si hoy debo responder quién soy, diría simplemente que soy un discípulo de Jesucristo. Ese ha sido el mayor privilegio que Dios me concedió.

—¿Y dónde vive actualmente?

—Desde hace muchos años vivo en Éfeso.

—Muchos de nuestros lectores se sorprenderán al escuchar eso. Uno imaginaría que usted permaneció en Jerusalén o que regresó a Galilea después de todos aquellos acontecimientos. ¿Cómo terminó viviendo en Éfeso?

Juan respiró profundamente.

—Fue el Señor quien fue guiando cada paso. Permanecí en Jerusalén durante muchos años junto con los hermanos. Allí vimos nacer la Iglesia y también comenzaron las primeras persecuciones. Con el tiempo, el evangelio siguió extendiéndose y muchas congregaciones fueron estableciéndose en distintas ciudades del Imperio.

—Entre ellas las de Asia Menor.

—Así es. Aquellas iglesias necesitaban ser fortalecidas. Poco a poco comprendí que Dios me llamaba a servirles. Así fue como llegué a Éfeso. Nunca imaginé que terminaría pasando allí tantos años, pero el Señor tenía otros planes para mí.

—De hecho, sabemos que permaneció allí durante mucho tiempo.

Juan inclinó ligeramente la cabeza.

—Sí. Éfeso terminó convirtiéndose en mi hogar. Allí enseñé, animé a los hermanos y vi crecer a varias generaciones de creyentes. Dios fue muy bueno conmigo.

—Incluso algunos escritores muy cercanos a su época, como Clemente de Alejandría, Ireneo y Eusebio, conservaron el recuerdo de esos años y afirmaron que usted permaneció en Éfeso hasta una edad muy avanzada.

Juan sonrió con sencillez.

—Si ellos conservaron ese recuerdo, doy gracias a Dios. Lo único que procuré durante todos esos años fue permanecer fiel al Señor que me llamó junto al Mar de Galilea.

El conductor permaneció unos instantes en silencio.

—Juan... creo que ese viaje desde las aguas de Galilea hasta las calles de Éfeso encierra una historia extraordinaria.

—Y me gustaría que comenzáramos a recorrerla juntos.

•

—Juan, me gustaría regresar con usted a los días en que todo comenzó. Han pasado muchas décadas desde entonces, pero quisiera pedirle que, por un momento, volviera a ser aquel joven pescador del Mar de Galilea.

¿Cómo fue el día en que conoció a Jesús?

Juan sonrió. Era evidente que aquella pregunta despertaba recuerdos muy profundos.

—Nunca podría olvidarlo.

Éramos pescadores. Mi padre, Zebedeo, había dedicado toda su vida a ese oficio, y desde muy jóvenes mi hermano Jacobo y yo aprendimos a trabajar con él. Conocíamos el lago como la palma de nuestra mano. Sabíamos dónde lanzar las redes, en qué época del año buscar cada especie y cuáles eran las mejores horas para pescar.

—¿La pesca era el sustento de su familia?

—Así es. No era un pasatiempo. Era nuestro trabajo. De ello dependían nuestras familias y los jornaleros que trabajaban con nosotros. Una buena noche significaba alimento para muchos; una mala noche podía representar pérdidas importantes.

—¿Y aquella noche había sido mala?

Juan dejó escapar una leve sonrisa.

—Muy mala.

Habíamos trabajado durante toda la noche y no habíamos atrapado prácticamente nada. Cuando eso ocurre, el cansancio pesa el doble. No solo porque uno ha pasado horas remando y lanzando las redes, sino porque sabe que regresará a casa con las manos vacías.

Ya estaba amaneciendo.

Nos encontrábamos lavando las redes para guardarlas. Pedro y Andrés estaban cerca de nosotros, haciendo exactamente lo mismo.

Fue entonces cuando vimos acercarse a una multitud.

—¿Ya conocían a Jesús?

—Sí. Mi hermano y yo ya lo habíamos escuchado antes. Incluso habíamos pasado algún tiempo con Él después del testimonio de Juan el Bautista. Pero todavía seguíamos trabajando como pescadores.

Aquella mañana, Jesús se dirigía precisamente hacia la orilla donde estábamos.

La gente lo rodeaba por todos lados. Todos querían escucharlo.

Entonces ocurrió algo inesperado.

Se acercó a la barca de Simón Pedro y le pidió permiso para subir.

Pedro accedió.

Jesús se sentó en la embarcación y, desde allí, comenzó a enseñar a la multitud.

Nosotros seguíamos cerca, ocupados en las redes, pero, como todos los demás, escuchábamos cada una de sus palabras.

Cuando terminó de hablar, volvió su mirada hacia Pedro y le dijo algo que, francamente, ninguno de nosotros esperaba.

"Bogad mar adentro, y echad vuestras redes para pescar."

El conductor sonrió.

—Eso no debió parecerles muy lógico.

Juan negó con la cabeza.

—En absoluto.

Quien nunca ha vivido de la pesca quizá no lo entienda, pero nosotros sí.

Los mejores momentos para pescar eran durante la noche o en las primeras horas de oscuridad. Con la luz del día, los peces descendían a mayor profundidad o podían distinguir las redes con más facilidad. Además, acabábamos de pasar toda la noche intentando pescar sin éxito. Si no habíamos encontrado peces durante las horas más favorables, era muy poco probable encontrarlos cuando el sol ya comenzaba a elevarse.

Desde el punto de vista de cualquier pescador, aquello no tenía sentido.

Pero Pedro respondió algo que jamás olvidaré.

"Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red."

Hicimos exactamente lo que Él dijo.

—Y entonces sucedió.

Al principio no entendimos lo que estaba ocurriendo.

Sentimos un fuerte tirón en las redes, como si hubieran quedado atrapadas entre las rocas del fondo. Pero aquello no era posible. Conocíamos muy bien ese lugar.

Segundos después las cuerdas comenzaron a tensarse de una manera que jamás habíamos experimentado.

Las redes se movían con una fuerza extraordinaria.

Corrimos para ayudar.

Entre todos comenzamos a levantar la red, pero era imposible. Nunca había pesado tanto. Tirábamos con todas nuestras fuerzas y apenas conseguíamos moverla.

Entonces ocurrió algo que todavía puedo ver con toda claridad.

Las redes comenzaron a romperse.

No por el desgaste.

Por el peso.

Miles de peces luchaban desesperadamente por escapar. El agua hervía delante de nosotros. El lago entero parecía cobrar vida.

Comenzamos a hacer señas desesperadas a Pedro y a Andrés para que acercaran la otra embarcación.

Ellos llegaron tan rápido como pudieron.

Entre las dos barcas empezamos a sacar aquella captura imposible.

Peces...

Más peces...

Y seguían apareciendo.

Llenamos la primera embarcación.

Después la segunda.

El peso era tan grande que ambas comenzaron a hundirse.

Nunca.

Jamás.

Había visto algo semejante.

Quien nunca ha vivido de la pesca quizá piense que solo fue una captura extraordinaria.

No.

Nosotros éramos pescadores desde niños.

Conocíamos el lago.

Conocíamos las estaciones.

Conocíamos el comportamiento de los peces.

Y sabíamos perfectamente que aquello no podía ocurrir.

No después de haber trabajado toda la noche sin capturar absolutamente nada.

No cuando el sol ya iluminaba el agua.

No en aquel lugar.

Aquello no desafió nuestra experiencia.

La dejó completamente sin explicación.

Fue entonces cuando miré a Pedro.

Jamás olvidaré su rostro.

Ya no estaba mirando los peces.

Ni las redes.

Ni las barcas.

Sus ojos estaban fijos en Jesús.

Vi cómo sus piernas comenzaron a temblar.

Dejó caer la red de sus manos.

Se abrió paso entre los peces que cubrían la embarcación y, completamente quebrantado, cayó de rodillas delante del Maestro.

Nunca había visto llorar así a Pedro.

No eran lágrimas de emoción.

Eran las lágrimas de un hombre que acababa de comprender que estaba delante de la santidad de Dios.

Con la voz quebrada apenas pudo decir:

—Apártate de mí, Señor... porque soy hombre pecador.

Juan guardó silencio.

Un silencio largo.

Nadie en el auditorio se movía.

Nadie aplaudía.

Nadie siquiera parecía parpadear.

Todos permanecíamos inmóviles, como si por un instante hubiéramos sido transportados a aquella mañana en las orillas del Mar de Galilea.

Entonces Juan continuó hablando, casi con la misma emoción con la que parecía haberlo vivido unos segundos antes.

—Jesús dio un paso hacia Pedro.

Yo pensé que lo reprendería.

Pero hizo exactamente lo contrario.

Con una ternura imposible de describir, le dijo:

—No temas.

Hizo una breve pausa.

Y añadió unas palabras que cambiarían nuestras vidas para siempre.

—Desde ahora serás pescador de hombres.

Juan volvió a guardar silencio.

Después sonrió con serenidad.

—Cuando llevamos las barcas a la orilla, dejamos las redes.

Dejamos las embarcaciones.

Dejamos el negocio de nuestro padre.

Dejamos la seguridad de una vida que conocíamos.

Y seguimos a Jesús.

Nunca nos arrepentimos.

Ni por un solo día.

Gracias por leer este extracto

Gracias por dedicar unos minutos a leer este extracto. Espero que estas primeras páginas hayan despertado en usted una profunda inquietud: **¿qué habría dicho el hombre que pasó más tiempo junto a Jesús si hoy pudiéramos entrevistarle?** Ese es el viaje que propone este libro.

Entrevista con los Apóstoles – Libro IV: Juan, el discípulo amado cierra esta serie llevando al lector hasta el último testigo de la vida de Jesucristo. Después de

escuchar a Mateo, Marcos y Lucas, llega el momento de conocer la voz del discípulo que permaneció junto a la cruz, contempló el sepulcro vacío, vivió hasta una edad avanzada y escribió uno de los testimonios más profundos acerca de la identidad de Jesús.

En el libro completo descubrirá:

→ Cómo era realmente Juan, el discípulo que dejó las redes para seguir a Jesucristo y terminó sirviendo durante muchos años en Éfeso.

→ El extraordinario relato de la pesca milagrosa y por qué aquel acontecimiento convenció a Juan de que estaba delante de alguien completamente diferente a cualquier otro hombre.

→ La respuesta de Juan a la pregunta más importante de la historia: **¿Quién era realmente Jesús?** ¿Un maestro, un profeta... o el eterno Hijo de Dios?

→ Por qué Juan comienza su Evangelio antes de la creación del mundo con las palabras: **"En el principio era el Verbo..."**, y qué significado tiene esa afirmación.

→ Cómo explica Juan el nacimiento virginal de Jesucristo y por qué era absolutamente necesario para el plan de redención de Dios.

→ La razón por la cual Jesús afirmó ser el gran **"YO SOY"**, y por qué esas palabras provocaron una de las mayores controversias de su ministerio.

→ Los acontecimientos de los últimos meses de la vida del Señor y cómo Juan comprendió que cada paso acercaba deliberadamente a Jesús hacia la cruz.

→ Una conversación llena de historia, contexto bíblico, testimonios y reflexiones que permitirá al lector acercarse como nunca antes al corazón del discípulo amado.

Mucho más que una novela... una experiencia para conocer al discípulo amado

Este libro no pretende inventar una nueva historia ni añadir acontecimientos a las Escrituras. Su propósito es permitir que el testimonio de Juan cobre vida mediante

una entrevista cuidadosamente construida sobre el Evangelio de Juan, sus cartas, el libro de Apocalipsis y la información histórica disponible. Cada respuesta procura mantenerse fiel al contexto bíblico y al legado que el propio apóstol dejó a la Iglesia.

A través de esta conversación caminará junto al último de los grandes testigos de Jesucristo. Escuchará sus recuerdos, comprenderá el significado de muchos de los acontecimientos más importantes de la vida del Señor y descubrirá por qué, después de toda una vida de reflexión, Juan seguía proclamando con absoluta certeza que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios.

[Una conversación que transformará su manera de leer el Evangelio de Juan](#)

Imagine poder sentarse frente al hombre que apoyó su cabeza sobre el pecho de Jesús durante la última cena y preguntarle qué vio, qué escuchó y qué lo convenció definitivamente de que el Maestro era el Verbo eterno hecho carne.

Este libro le permitirá acompañar a Juan en ese recorrido, descubriendo cómo el discípulo amado llegó a una convicción que sostuvo hasta el final de su vida: que la fe cristiana no descansa sobre mitos ni leyendas, sino sobre el testimonio de quienes caminaron personalmente con Jesucristo.

Ver el libro aquí:

[Entrevista con los apóstoles, Juan: El discípulo amado — Museo Vida y Obra de Jesucristo](#)